

Hardt, Michael y Antonio Negri. *Imperio*. Trad. Eduardo Sadier. Bogotá: Ediciones Desde Abajo (2001), 384 pp.

El marxismo, tanto como teoría general de la realidad como en cuanto enfoque específico de análisis político, no es estático. Ha sufrido grandes evoluciones y presenta múltiples caras. Sin embargo, se puede decir que en todo momento su preocupación fundamental es descubrir las contradicciones que atraviesan la historia, generalmente producidas por la hegemonía de unos sobre otros. En este enfoque la política no se puede desligar —ni como objeto de estudio— del resto de la realidad. Algunas categorías clave que el marxismo utiliza para aproximarse a la política son las de clase, conflicto o lucha de clases, revolución, trabajo, modo de producción, medio de producción, estructura y superestructura.

Los autores de *Imperio*, al rastrear, identificar e interpretar un poder global por muchos intuitos, presentan una reelaboración de estos conceptos, y una evolución de las realidades que les corresponden y del análisis político planteado en esas categorías.

En sus propios términos: “Junto con el mercado global y los circuitos globales de producción ha emergido un nuevo orden, una nueva lógica y estructura de mando, en suma, una nueva forma de soberanía. El Imperio es el sujeto político que regula efectivamente estos cambios globales, el poder soberano que gobierna al mundo” (2001: 43). A la formación del Imperio han contribuido las organizaciones internacionales. El Imperio no es lo mismo que los viejos imperios europeos, porque no está ligado a la expansión de una Nación y su capital, y no tiene un centro localizado: su centro y sus intereses están en todas partes. Las organizaciones como la ONU nacieron para preservar el orden internacional. Pero de ellas surgió una estructura jurídica que comenzó a ser utilizada por sectores hegemónicos para controlar situaciones internas de los países, en función de una ética global autoproclamada de la guerra justa.

Detrás de toda estructura jurídica hay un poder político, y en este caso no es un poder ya constituido sino en constitución, que se va encarnando cada vez más fuertemente en una policía mundial, en una institución de control. Lo que ha hecho posible esto es la deslocalización de la lucha de clases y la simbiosis de la estructura y la superestructura en la *sociedad mundial de control*.

Proletario es todo aquel que es explotado por la práctica del capital. No se reduce al obrero industrial y a sus revoluciones; éste era un tipo de proletario propio de un tiempo determinado. Hoy en día el proletario ha abandonado el espacio de la fábrica y ha rebasado las fronteras del tiempo, extendiéndose a toda su vida el control ejercido sobre él.

Lo que está en el fondo de todas las relaciones humanas, según el marxismo clásico, es la estructura económica, o sea, las relaciones de intercambio en las que se encuentran la forma y los medios de producción. Hardt y Negri presentan esta visión de una manera renovada. La globalización del capital y sus repercusiones sobre las relaciones de trabajo han permitido que el mundo se organice de una manera nueva. En esta nueva situación la superestructura política, ideológica, cultural y social se confunde con la estructura, se abaja y ocupa también su lugar, para intentar colmar el espacio completo de la vida de los individuos.

Durante la Modernidad —que corrió paralela a la emergencia y hegemonía del capital— se estableció la sociedad disciplinaria, un conjunto de dispositivos policiales y de encierro que determinaba qué era lo que los individuos podían hacer. Este control se encarnaba en espacios concretos donde los sujetos pasaban gran parte de su tiempo y podían ser observados permanentemente; su máxima expresión fue la fábrica capitalista de principios de siglo XX, que corresponde al periodo que los autores llaman “fordista”. Mediante estos espacios se ejercía un control económico, estructural, sobre el cuerpo de los individuos; y se intentaba ejercer uno ideológico, cultural, político, superestructural, sobre sus mentes. En la “sociedad de control” contemporánea la disciplina ha rebasado los espacios y tiempos de instituciones concretas; el trabajo se realiza en espacios abiertos o virtuales, y por fuera de horarios. Los mecanismos de control han hecho un “pasaje” al conjunto de la sociedad y la han convertido toda ella en una fábrica. Se ha pasado al posfordismo. Los dispositivos de control estructural y superestructural ocupan ahora, cada uno y simultáneamente, todo el espacio y todo el tiempo. Así, la “sociedad de control” penetra todos los rincones de la *vida* del individuo y por eso ejerce sobre él lo que los autores llaman *biopoder*.

El marxismo clásico decía que el capital tenía una tendencia al universalismo. Los intereses de los capitalistas se identifican supranacionalmente y, por lo tanto, los de los proletarios explotados por ellos también. Estas predicciones se han cumplido: el capital ha superado toda frontera y tiende a hacer irrelevantes los Estados nacionales. Incluso ha relegado a las propias organizaciones internacionales, que no son sino proyecciones de las naciones. En este proceso han ayudado, paradójicamente, las propias fuerzas de la militancia comunista

internacional, puesto que han presionado por la disolución de las fronteras y la identificación mundial del proletariado. La lucha de clases entre burguesía y proletariado nacionales ha mutado en la del Imperio y la Multitud, deslocalizados, globales y enfrentados.

Los conflictos que constituyen la esfera de lo político se encuentran cada vez más cristalizados. El Imperio se encuentra frente a la Multitud y, entre más se consolida aquél, más fuerte es el potencial revolucionario de ésta. La Multitud es el otro sujeto político. Las muchas revoluciones del siglo XX no han constituido un fracaso de la lucha popular sino una larga y compleja reformulación de los términos de la lucha de clases. El trabajo es la mercancía, espacial y temporalmente localizada, del capital; pero la globalización del capitalismo la deslocaliza. Los oprimidos se desplazan por el mundo en busca de mejores condiciones, y el Imperio les reprime, pues no tolera que la mercancía se deslocalice. Entonces es cuando la Multitud, si responde a esta represión exigiendo el reconocimiento de su ciudadanía global, se convierte verdaderamente en sujeto político. Y es también entonces cuando el texto de Hart y Negri salta del análisis al proyecto ético.

Alejandro Carvajal Pardo
Pontificia Universidad Javeriana - Cali